

América entre los pueblos avanzados por la marcha de la cultura escolar.

En la materialidad de las cosas, esto es así; pero en gravísimo aprieto nos pondría quien nos preguntase por la intensidad y eficacia de esa cultura, que tanto tiene de oropel, que es tan ficticia, tan engañosa, tan insuficiente y que, si por la cantidad resulta magna, por la calidad es dolorosamente mezquina.

A nuestro juicio que se funda en la experimentación y que está robustecido por el parecer de gentes sensatas y ecuanímes, el mal radical que señalamos arranca precisamente de las esferas oficiales, dado que la causa de la enseñanza se halla sujeta a los vaivenes de la política, a los cambios ministeriales, al desfile de dignatarios «pedagogizantes» y habitualmente innovadores, por vanidad absurda que le cuesta un ojo de la cara a la Nación y que, al paso que vamos, pronto ha de costarle el otro también, para que ciegos y locos nos echemos hacia los caminos del futuro en busca del abismo que merecemos por nuestras torpezas y que ya hemos conquistado sobradamente.

Se nos dirá que siendo así que son los Ministros y los Subsecretarios los culpables de la caótica y cada día más embrollada situación de la enseñanza, el toque estaría en arrebatarse de sus manos el depósito preciosísimo que dilapidan en aventuras de vulgar vanagloria para ponerlo íntegro en las de nuestros «verdaderos pedagogos» diplomados y prácticos apóstoles sinceros del credo redentor a cuyos resplandores las masas se iluminan y perfeccionan.

Pero el hecho es que, con alguna que otra excepción—que pudieran contarse con los dedos de una

sola mano y sobrarían muchos dedos—nuestros pedagogos consagrados han exhibido en muy distintas circunstancias una tan extrema debilidad de carácter, que sabemos de memoria que sus convicciones, aparatosamente cacareadas en todas las tribunas y en todos los momentos de exhibición pueril ante la conciencia pública, no resisten ya no sólo a un cambio en el Gabinete, pero ni aún a un cambio de humor en los Jefes ocasionales que la oscura pitonisa de la política les diera, los cuales, improvisándose mentores, nunca han carecido de un coro aúlico de técnicos espantosamente oportunistas.

Esos mismos pedagogos de presupuesto, lo diremos con absoluta franqueza, han mostrado al país cuando han podido tener un poquito la sartén por el mango, tal versatilidad en sus opiniones, que los hemos visto cambiarlas tan frescamente como muda cualquier hijo de vecino de camisa; y ellos mismos son los más grandes ensayistas con que contamos y los que, con veleidades insólitas, han hecho del manto austero de la instrucción costarricense, que fué hermosa túnica romana en manos de don Mauro Fernández, una burda tela de remiendos que gráficamente pudiera compararse a un pobre y vistoso delantal campesino confeccionado con muestras de género de cualquier almacén al por mayor.

El fatal ensayismo, el hecho de estar tanteando métodos, programas y orientaciones en la enseñanza del Estado, es un cáncer que roe el espíritu de la patria.

Sus raíces tornasoladas, laboriosas, activas y llenas de bifurcaciones extrañas e indomables, han prendido y seguirán prendiendo en lo más íntimo del corazón